

se pintó allá en el interior del literato y que la magia del arte supo reproducir con palabras! La eterna fórmula artística, la manifestación de lo ideal en lo real, que es el misterio de la encarnación del arte, enamora y deleita en estos *Cuentos*, como donde quiera que aparece.

Hablar, en particular, de los varios cuentos que contiene el libro, sería muy largo. Cada uno da materia para escribir mucho. Citaré solamente algunos de los que más viva impresión me han dejado: *El cura de Vericueto*, aquel cura hidalgo que se pasa la vida pagando una deuda de juego y sacrifica hasta su caridad, diciéndose a sí mismo: «iré acaso al infierno, pero como un buen caballero»; *Vario*, preciso medallón antiguo a lo Gautier; el tiernísimo *Dúo de la tos*, *Boroña* y *La Reina Margarita*, llenos de esa melancolía de otoño, a que alude el autor, a propósito de otra cosa, en su prólogo; *Snob*, una primorosa miniatura femenina, digna de un Bourget o un Prevost; *El número uno*, *La conversión de Chiripa* y sobre todo el *Viaje redondo*, el más filosófico y acaso el más poético de estos *Cuentos*, que expresa de un modo admirable la natural transformación de las ideas en el curso de los años.

A los que no conocen otro *Clarín* que el satírico de los *Paliques*, o de alguno de ellos, les sorprenderá el hondo sentimiento, la *abundantia cortis* que revelan estos *Cuentos*, la profunda religiosidad de algunos. Pero el satírico no desaparece en este libro. Díganlo *El número uno*, citado antes, *González Bribón* y *El caballero de la mesa redonda*, entre otros de los *Cuentos*.

Sólo un reparo pondría yo, no a los cuentos, sino a algunas de las ideas en ellos expresadas. Me parece que *Clarín* es demasiado severo y ridiculiza con exceso a los que no siguen la corriente del neo misticismo, del renacimiento religioso e idealista que ahora domina. No diré que *Clarín* siga la moda, ni me meteré a averiguar si ha pensado siempre lo mismo, cosa que no puede exigirse a nadie. Pero creo que los que no se entusiasman con estas novedades de fin del siglo, novedades muy viejas, en verdad, pueden obedecer a ideas y sentimientos respetables y sinceros.

Grandes o chicos, los que escribimos para el público, nos hacemos, a veces, la ilusión de que no hay más mundo que nosotros y de que piensa y siente como pensamos y sentimos la multitud humana. Y ahora algunos (de los cuales no es seguramente *Clarín*), creen (o discurren como si lo creyeren) que hace algunos años no había más que materialistas ateos, sin que quedara ni un cristiano, ni un creyente, ni un idealista, ni un metafísico para un remedio. Pero aquello pasó. Sin saber cómo ni cuándo, acaso porque la ciencia ha cumplido ciertas cosas que prometieron Descartes y

Condorcet y Renan, la luz, que parecía extinguida, del ideal, ha vuelto a encenderse, y lo divino ha vuelto a revelarse y la naturaleza ha vuelto a recaer en la servidumbre del espíritu. Y todo el que no crea en esta muerte y resurrección del idealismo y del sentimiento religioso es *cursi*, ridículo, adocenado.

No tanto. Se explica que espíritus hondamente religiosos y cristianos, acaso de ortodoxia, y un poco estrecha, pero que no han necesitado que nadie les descubra ahora la religión ni el cristianismo, vean en las tendencias espirituales que dominan una nueva herejía, un *latitudinarismo* peligrosos, un *avatar* más del deísmo y de la religión, o que les parezca la nueva fe (no la de Strauss), una religión de *dilettanti*, de entretenimiento espiritual, casi de juego. Hasta se comprende que atendiendo más a que la conveniencia y a la oportunidad, a lo que juzgan verdadero, publique libros como *La religion des contemporaines*, del Abate Delfour, en que se tacha de poco católico al propio Vogüé y de racionalista a Brunetièrre. Y se explica también que los verdaderos sabios, como Barthelot, se indignen contra los que declaran a la ciencia en quiebra, sin haber tenido con ella el menor comercio, y exageren, a su vez, un poco.

El mismo Brunetièrre, que es devoto, puesto que él inventó lo de bancarrota de la ciencia (la frase, por lo menos) en una conferencia pesada y *latera* como la suya, que ha dado hace poco en Besançon o no sé dónde, ha dicho que hay épocas de ser idealista y épocas de ser naturalista, y que la actual es de las primeras. Creo que se puede ser idealista sin comulgar en el neo misticismo, pero, en fin, hay en esa declaración algo semejante a lo que ya había dicho Galdós en *Halma*, de las rachas o ventoleras de incredulidad y de misticismo. Si es cuestión de tiempos, o si los tiempos entran por mucho, no censuremos demasiado a los que no piensan con arreglo al figurín de la temporada. Lo mismo pueden ser retrasados que madrugadores.

¿Será aurora o crepúsculo vespertino la claridad que ven algunos en el horizonte? ¿Será mera ilusión visual? Allá veremos, si nuestra vida alcanza, o verán, si no, los que nos sucedan. Porque en historia, no se pueden profetizar con seguridad más que las cosas que ya han acaecido, ni se suelen ver claras las que están ocurriendo.

Entre tanto, le deseo a *Clarín* que escriba muchos libros tan hermosos como los *Cuentos morales*».

Carta de Leopoldo Alas a Eduardo Gómez de Baquero

Oviedo 12 de Abril - 1896

Sr. Dn. Eduardo Gómez Baquero

Mi antiguo amigo y compañero: ante todo gracias de todo corazón por su artículo de la *Revista Crítica* en favor de mis *Cuentos morales*. Así da gusto ser alabado, da mucho ser alabado y entendido. En este caso, aunque siempre el deleite es cosa de la pícara vanidad, parece que pasa una parte algo más noble del alma. Cuando leo elogios vulgares, el placer que siento es casi material, aparte lo que tiene de agradecimiento; cuando veo que quien me elogia siente y entiende y me entra en la intención, se [depura?]³ algo la delectación morosa, pues en parte se convierte algo de lo que creo justicia en holocausto al arte; y además, ya empiezo a pagar mi deuda admirando por lo que él vale, a quien sabe analizar, juzgar y sentir. La crítica de Ud. me ha dado un gran rato, porque como los pactos de partido judicial, *al fin, soy comprendido*.

Otra cosa; he observado que Ud. es de los poquísimos sinceros, que censuran al más pintado, si yerra, a su juicio; al ver su crítica tan benévola, y comparar, más la aprecio. Y por dejar esto, le diré que soy de su opinión, en absoluto, respecto de las exageraciones y de los exclusivismos idealistas, y yo lo tengo dicho y redicho. De lo que sientan y piensen los personajes de mis *Cuentos*, y sobre todo de lo demasiado que abundan los místicos (?) podrá inducirse alguna sospecha contra mí; pero de doctrina por mí directamente expuesta, no. Venero las *ciencias* (que no son ciencias a mi ver) sigo... de lejos, de *oídas*, ese movimiento con entusiástica y religiosa admiración. Brunetière (que ni siquiera es inventor de la «bancarrotta» frase dicha en ese sentido mucho antes por Bourget y otros) me indigna. Ni es científico ni filósofo (quíá), es un *causeur apascalado* en falso, inútil y relativamente erudito. Si quiere usted ver algo, muy poco, de mis ideas en este punto lea mi «Segunda carta a Hamlet» en el último número de *La Ilustración Española*.

Leo siempre con atención y gusto sus críticas de *La España Moderna* y casi siempre estoy conforme con su opinión y siempre alabo lo bien que expone y franqueza que gasta. Varias veces en mis artículos he aludido a Ud.

³ La caligrafía de Clarín es de alta dificultad. Se da (en dos ocasiones) entre corchetes la palabra que no se ha podido leer.

Creo que este otoño, o a principios del invierno, he de necesitar de usted y de los pocos que se le parecen. *La Millonaria* (drama, mejor, tragedia en 4 actos y en prosa) si Dios me da salud, (ahora salgo de un trancazo de quince días) ha de ser una batalla se me figura. Claro que a Ud. lo que no le guste le tendrá enfrente, pero creo que lo que me combaten por preocupaciones extra-estéticas Ud., si le agrada, lo defenderá. Ya sé que en... *La España Moderna* no puede ser, (flaquezas humanas) pero puede ser en otra parte, v. gr. *La Revista Crítica*, u otro periódico de más circulación. Le emplazo pues, no para que me defienda, si no lo merezco, sino para que me diga *todo* lo que *siente* y *piensa*. Tengo mucha fe en *La Millonaria*, pero creo segura una gran polvareda. Si Vico y Mario se juntaran me vendría Dios a ver. ¡Qué Fray Antonio me podía hacer Vico! Otro día le escribiré más largo, hablando de cosas. ¡Usted entiende! En Barcelona hay varios jóvenes que entienden también. Y algunos más por esas provincias.

Gracias de nuevo otra vez, su muy antiguo amigo y compañero que le admira y quiere y [.]

Leopoldo Alas

III

Los dos documentos que se dan en el cuarto apartado de este artículo son dos recuerdos que Andrenio brindó a los lectores de *La Vanguardia* (25-V-1923) y *El Sol* (24-IV-1925) del crítico asturiano, a quien no tuvo la oportunidad de conocer personalmente. En ambos, especialmente en el artículo de *El Sol*, se aborda la faceta de crítico literario de Alas y su complementaria escritura de ensayista, aunque Gómez de Baquero quizás abuse de la calificación de «sabroso fruto otoñal» para los *Folletos literarios*, escritos por Alas entre los treinta y cinco y los cuarenta años. En todo caso, son frutos de una primera y única madurez que no pudo tener continuidad.

Dado el carácter conmemorativo de estos artículos llama la atención la poca intensidad con la que se recuerda la faceta de narrador (novelista y cuentista) de Alas, si bien es verdad que en el artículo de *El Sol* se afirma que sus cuentos «son de los mejores que se han escrito en lengua castellana» y que sus novelas «pueden ponerse al lado de las obras de los mejores novelistas de la brillante constelación en que figuran nada menos que Galdós, Pereda, Palacio Valdés, la Pardo Bazán, don Juan Valera...». En el fondo, Andrenio fue, como otros críticos de la Edad de Plata, incapaz de ver la suficiencia estética, la modernidad y originalidad europeas de *La Regenta* o la modernidad transgresora y desafiante que late en *Su único*